



CAPÍTULO I



Sir Walter Elliot, de Kellynch Hall, en Somersetshire, era un hombre que, para entretenerse, jamás leía un libro salvo el de la Baronesa; en él encontraba ocupación en las horas ociosas y consuelo en las de aflicción; allí sus facultades se elevaban a la admiración y el respeto, al contemplar lo poco que quedaba de los linajes más antiguos; allí cualquier sensación inoportuna, surgida de los asuntos domésticos, cambiaba de forma natural y se convertía en lástima y desprecio. Cuando repasaba las casi interminables creaciones del siglo anterior —donde, aunque la mitad de las hojas le resultasen anodinas, podía leer su propia historia con un interés que jamás flaqueaba—, esta era la página por la que siempre abría su volumen favorito:

ELLIOT DE KELLYNCH HALL

Walter Elliot, nacido el 1 de marzo de 1760, casado el 15 de julio de 1784 con Elizabeth, hija de James Stevenson, señor de South Park, en el condado de Gloucester; con dicha dama (que falleció en 1800) tuvo por descendencia a Elizabeth, nacida el 1 de junio de 1785; Anne, nacida el 9 de agosto de 1787; un hijo no nato, el 5 de noviembre de 1789; Mary, nacida el 20 de noviembre de 1791.

Precisamente así había salido el párrafo original de manos del impresor; pero sir Walter lo había mejorado añadiendo, para su propia información y la de su familia, estas palabras después de la fecha de nacimiento de Mary: «casada el 16 de diciembre de 1810 con Charles, hijo y heredero de Charles Musgrove, señor de Uppercross, en el con-

dado de Somerset», además del día exacto en que había perdido a su esposa.

A continuación se presentaba la historia y el ascenso de la vetusta y respetable familia, con las expresiones habituales: cómo se había establecido al principio en Cheshire; cómo aparecía mencionada en la obra de Dugdale...; los servicios prestados por su patriarca como jefe de alguacil y representante de un distrito en tres parlamentos sucesivos; la demostración de lealtad y la digna obtención de una baronía, durante el primer año del reinado de Carlos II, con todas las Marys y Elizabeths con que se habían casado; todo ello ocupaba dos imponentes páginas duodécimas, que terminaban con el escudo de armas y el lema: «Casa familiar: Kellynch Hall, en el condado de Somerset». Después, sir Walter había escrito a mano su propia conclusión:

«Herederero previsto: señor William Walter Elliot, bisnieto del segundo sir Walter».

La vanidad era la primera y la última cualidad del carácter de sir Walter Elliot; la vanidad acerca de su persona y de su situación. En su juventud había sido asombrosamente apuesto y, a los cincuenta y cuatro años, todavía era un hombre agraciado. Pocas mujeres podían pensar más que él en su aspecto físico; y tampoco habría *valet* alguno de cualquier lord de reciente nombramiento que pudiera estar más encantado con el lugar que ocupaba en la sociedad. Consideraba que la bendición de la belleza solo era inferior a la bendición del título de baronet; de modo que el propio sir Walter Elliot, que unía ambos dones, era el objeto constante de su más afectuoso respeto y su devoción.

El afecto que sentía por su hermosura y su rango personal estaba justificado; pues a ellos debía el haber conseguido una esposa de carácter muy superior a cualquier cosa que el suyo mereciera. Lady Elliot era una mujer fabulosa, sensata y simpática, cuyo juicio y conducta, a los que podría perdonarse el enamoramiento juvenil que la llevó a convertirse en lady Elliot, habían sido intachables a partir de entonces... Había tratado con humor, suavizado u ocultado las faltas de él, y había

promovido una auténtica respetabilidad familiar durante diecisiete años; y, pese a que la dama no era el ser más feliz del mundo, había encontrado suficiente solaz en sus obligaciones, sus amigas y sus hijas para vincularse a la vida, y estas habían hecho que no le resultara indiferente cuando el destino la había llamado a abandonarlas. Tres hijas, las dos mayores de dieciséis y catorce años, eran un atroz legado de una madre; es más, una carga horrible que confiar a la autoridad y tutela de un padre bobalicon y engreído. No obstante, tenía una amiga muy íntima, una mujer sensata y virtuosa, que, debido al estrecho vínculo que las unía, se había instalado cerca de ella, en la aldea de Kellynch; y en su amabilidad y consejo confiaba en gran medida lady Elliot para que ayudara a mantener en su ausencia los buenos principios y la instrucción que con tanta ansiedad había intentado inculcarles ella a sus hijas.

Esta amiga y sir Walter no se casaron, pese a lo que algunos habrían podido vaticinar a juzgar por la confianza que se tenían. Habían transcurrido trece años desde la muerte de lady Elliot y continuaban siendo vecinos muy próximos y amigos íntimos; pero el uno continuó viudo y la otra, viuda.

Que lady Russell, de edad y carácter pausados, y extremadamente acaudalada, no se plantease volver a casarse no precisa explicaciones ante el público, que, de forma casi irracional, tiende a disgustarse más cuando una mujer sí se casa por segunda vez que cuando no lo hace; pero el hecho de que sir Walter continuase solo sí requiere explicación: así pues, que se sepa que sir Walter, como un buen padre (tras haberse topado con un par de desengaños privados en circunstancias poco razonables) se enorgullecía de continuar así por el bien de su querida hija. Por una de sus hijas, la mayor, habría estado dispuesto a renunciar a cualquier cosa, siempre que no se hubiera sentido demasiado tentado a hacerla. A sus dieciséis años, Elizabeth había alcanzado, hasta donde era posible, todas las virtudes y el buen juicio de su madre; y, dado que era hermosa y muy parecida a su padre, su influencia en él siempre había sido grande y ambos se llevaban estupendamente. A sus otras dos hijas

las consideraba de muy inferior valía. Mary había adquirido cierta importancia artificial al convertirse en la señora de Charles Musgrove; pero Anne, con una elegancia mental y una dulzura de carácter que habría sido muy valorada por cualquier persona con entendederas, era poco apreciada por su padre y su hermana mayor; no tenían en cuenta su palabra; sus deseos siempre acababan desatendidos... No era más que Anne.

Para lady Russell, en contraste, era la ahijada más querida y más admirada, su favorita y su amiga. La dama las quería a todas, pero en la única que veía la reencarnación de su madre era en Anne.

Algunos años antes, Anne Elliot había sido una muchacha muy guapa, pero sus encantos se habían marchitado pronto; y como, incluso en su punto álgido, su padre había encontrado poco que admirar en ella (tan absolutamente distintos de los suyos eran las delicadas facciones y los amables ojos oscuros de la joven), era imposible que quedase algo en su aspecto, ahora que estaba apagada y flaca, que despertara la estima de su progenitor. Este nunca había albergado demasiada esperanza, y ahora no tenía ni un ápice, de llegar a leer alguna vez su nombre en otra página de su obra favorita. Toda su esperanza recaía por fuerza en Elizabeth; ya que Mary se había limitado a vincularse con una familia antigua respetable y de gran fortuna pero sin títulos, de modo que les había dado todo el honor, sin recibir ninguno. En contraste, un día u otro, Elizabeth se casaría como era debido.